

Victoria Camps  
**PRAGMÁTICA DEL LENGUAJE  
Y FILOSOFÍA ANALÍTICA**

Prólogo de Javier Muguerza

ediciones península ®

Cubierta de Jordi Fornas.

Primera edición: mayo de 1976.

© Victoria Camps Cervera, 1976.

Realización y propiedad de esta edición (incluyendo el diseño de la cubierta): Edicions 62 s/a., Provenza 278, Barcelona-8.

Impreso en: RIGSA, Estruch 5, Barcelona.

Depósito legal: B. 21.173 - 1976.

ISBN: 84-297-1191-0.

## I. La pragmática del significado

### 1. EL ACTO LINGÜÍSTICO

Sin prejuzgar ahora la utilidad y eficacia de tantas otras opiniones —desde tantas otras perspectivas— sobre cuál sea el aspecto central o la unidad básica del fenómeno del lenguaje, comparto con John R. Searle la tesis de que la *comunicación* lingüística consiste primordialmente en el desarrollo de una actividad, se realiza en la forma de una serie de *actos lingüísticos*: «La unidad de la comunicación lingüística no es, como se ha tendido a suponer, el símbolo, la palabra o la sentencia (ni siquiera la marca del símbolo, la palabra o la sentencia); antes bien es la *producción* de la señal en la realización del acto lingüístico lo que constituye la unidad básica de la comunicación lingüística.»<sup>1</sup> Así, el estudio del lenguaje desde el punto de vista del acto lingüístico coloca en primer plano al sujeto hablante y considera asunto de la máxima importancia la relación *pragmática* entre el individuo que habla y el lenguaje que usa. Es más, tal relación determina la interpretación semántica, o, por lo menos, ésta no puede realizarse independientemente de aquélla. La pregunta «¿qué significa *p*?» se sustituye o complementa con otra: «¿qué quiere decir X con *p*?»; donde la consideración abstracta de unos signos y lo significado por ellos da paso a la reflexión sobre un contexto mucho más amplio y complejo, en el que cuentan como factores esenciales la situación, el estado de ánimo, las intenciones, propósitos, supuestos, creencias... del hablante. Para citar de nuevo a Searle —quien por haber desarrollado de

1. J. R. SEARLE, «What Is a Speech Act?» en J. R. SEARLE, ed., *The Philosophy of Language*, Oxford University Press, 1971, p. 39.

modo más sistemático el concepto de *speech act* me brinda un excelente punto de arranque—, «una teoría del lenguaje es parte de una teoría de la acción, por el mero hecho de que hablar es comportarse de acuerdo con ciertas reglas». La actividad lingüística, la pragmática, es un aspecto que la semántica debe integrar: «No hay, pues, dos tipos de estudio semántico irreductibles: el estudio del significado de las sentencias y el estudio de la realización de los actos de lenguaje; porque del mismo modo que la noción del significado de una sentencia supone que la emisión literal (*literal utterance*) de la misma con un significado determinado y en un determinado contexto sea la realización de un determinado acto lingüístico, así también la noción de acto lingüístico supone que haya una sentencia posible (o unas sentencias posibles), cuya locución en un determinado contexto constituya, en virtud de su significado (o de sus significados), la realización de ese acto lingüístico».<sup>2</sup> El significado en abstracto es la condición de posibilidad del acto, pero carece de entidad propia. Defiende Searle —y me adhiero a su postura— que el estudio del significado lingüístico que se realiza con una determinada frase requiere —además del conocimiento de lo que cada palabra o cada signo o la frase en su conjunto significan en teoría— el conocimiento de las modulaciones que tales significados pueden adoptar en distintas situaciones. «Llueve», por ejemplo, puede ser la simple constatación de un hecho, la forma de expresar una contrariedad («ahora llueve; no podemos salir»), de formular una prohibición («no salgas, que está lloviendo») o de dar un consejo («coge el paraguas»). Todo depende del tono de voz, quién sea el que lo diga y a quién se esté dirigiendo el hablante.

Pero antes de afrontar directamente las teorías desarrolladas en torno a los *speech acts*, conviene repasar el pensamiento y la trayectoria de Wittgenstein, desde el

2. JOHN R. SEARLE, *Speech Acts. An Essay in the Philosophy of Language*, Londres-Nueva York, Cambridge University Press, 1970, pp. 17-18.

*Tractatus* a las *Philosophische Untersuchungen*, obvio precedente del tema que aquí desarrollo.

No podemos acusar al *Tractatus* de haber propagado una teoría del significado afincada en la llamada «falacia descriptiva», si bien la idea que reflejan afirmaciones como «El nombre significa el objeto; el objeto es su significado» (*T*, 3203) y «Entender una proposición quiere decir, si es verdadera, saber lo que acaece» (*T*, 4024) favorecen esa interpretación mantenida y desarrollada por el positivismo lógico. Pero es en las *Philosophische Untersuchungen* y en toda la obra que las sigue donde Wittgenstein se constituye clara y decididamente en pionero de una visión dinámica del lenguaje y del significado lingüístico.<sup>3</sup> En efecto, desde el primer aforismo de las

3. El concepto de «significado» presente en el *Tractatus* no resulta tan simple como dio a entender el Círculo de Viena, obsesionado por la posibilidad de verificación de las sentencias. E. Anscombe, en mi opinión, es quien mejor ha explicado los matices que el concepto de «significado» toma en el *Tractatus*, comparándolo con los de «sentido» y «referencia» de Frege: (según Wittgenstein), «los nombres no tienen sentido, sino únicamente referencia, y las proposiciones no tienen referencia, sino sentido; y la proposición, para tener sentido, debe ser verdadera o falsa» (*An Introduction...*, p. 17). Sin duda, Wittgenstein vacila acerca de la conexión que ha de haber entre verificación y significado; así, en el aforismo antes citado (*T*, 4024), tras afirmar que «para entender una proposición hay que saber cómo se verifica», añade: «pero es posible entenderla sin saber si es verdadera. Cualquiera que comprenda sus partes constituyentes es capaz de entenderla». Y Moore, en sus *Wittgenstein's Lectures in 1930-1933*, escribe: «Hacia el comienzo de (I) [refiere a la primera conferencia de W.] formuló el famoso enunciado "El sentido de una proposición es el modo en que se verifica", mas en (III) señaló que ello quería decir solamente "Se puede determinar el significado de una proposición investigando cómo se verifica", llegando a afirmar: Esto es necesariamente una regla práctica, puesto que "verificación" significa cosas distintas, y porque en algunos casos no tiene sentido preguntar "¿Cómo se verifica eso?"...» (G. E. Moore, *Defensa del sentido común y otros ensayos*, p. 308, con algún retoque en la traducción). Con lo cual sólo quiero apuntar que el *Tractatus* está ya abierto a la concepción del significado que luego Wittgenstein defiende y, desde luego, a una interpretación muy amplia del principio de verificación.

*Investigaciones filosóficas*, donde se critican las ideas de san Agustín sobre el aprendizaje lingüístico, Wittgenstein se dedica a destruir la convicción de que lenguaje y realidad son dos fenómenos paralelos que deben corresponderse biunívocamente, de que cada palabra o frase es la imagen (*Bild*) o representación de un objeto o hecho real, de forma que el modo primero o básico de aprender a hablar se daría a través de definiciones ostensivas: «esto es una “mesa”», «aquello es “el sol”», etc. El método ostensivo, objeto Wittgenstein, no enseña nada si no va precedido de un *training* adecuado, de un aprendizaje que indica cómo debe entenderse la enseñanza ostensiva (cf. *PhU*, 6). Dicho de otra forma, para entender una definición ostensiva debo saber ya a qué aspecto de la realidad estoy apuntando. Las frases del tipo «esta mesa es marrón» o «esta mesa es redonda» son incomprensibles para el niño que ignora aún la función de los colores o de las dimensiones dentro del lenguaje.

## 2. LOS «JUEGOS DE LENGUAJE»

«Al conjunto consistente en el lenguaje y las acciones que lo acompañan lo llamaré también el “juego de lenguaje”» (*PhU*, 7). En el juego encuentra Wittgenstein una metáfora muy a propósito para representar el acto lingüístico, y no sólo porque el juego se realiza siempre conforme a unas reglas, sino por una razón —como ha visto muy bien Dallas M. High<sup>4</sup>— más importante que la anterior: porque para jugar hace falta saber hacerlo, estar impuesto en la técnica, porque no basta conocer las reglas

4. *Language, Persons, and Belief*, Oxford University Press, 1967, pp. 82-84: «El concepto de juego, que presupone el de “jugar”, está más íntimamente asociado con los términos “ser capaz de” y “acción” en tanto parte de “nuestra historia natural [humana]” o “forma de vida”, que con la enumeración de unas reglas... El lenguaje, pues, se concibe mejor como una actividad de varias personas —actuar entre sí, entenderse y no entenderse unos a otros—, que como un conjunto de reglas.»

del juego para ser competente en él. Se puede incluso aprender a jugar sin aprender explícitamente las reglas del juego en cuestión. Al mismo propósito, observa Wittgenstein: «las palabras “éste es el rey” [en el juego del ajedrez] son una definición si se sabe ya “qué es una pieza del juego”. Esto es, si se han jugado ya otros juegos o si se ha visto “y entendido” jugar a los demás, o algo por el estilo. Es más, sólo en tales condiciones se podrá preguntar con cierto sentido en el curso del aprendizaje del juego: “¿Cómo se llama esto?”, es decir, tal pieza del juego» (*PhU*, 31). El jugar presupone unas reglas, pero en sí mismo es más un *knowing how*, que un *knowing that* (para usar la terminología de Ryle), la práctica predomina sobre la teoría. De igual modo, saber hablar es saber usar la palabra adecuada en su momento, convertir el lenguaje en una «forma de vida».⁵ En los ejemplos de juegos lingüísticos que se encuentran en las *Investigaciones* se ve claramente cómo la necesidad de dominar la técnica se impone sobre la de seguir las reglas; es más, para Wittgenstein, «seguir una regla» es aceptar unos usos, unas instituciones y costumbres, en suma, una práctica.⁶

Si esto es así, si «el habla es parte de una actividad o forma de vida» (*PhU*, 23), el significado no vendrá dado únicamente por el lenguaje *stricto sensu*, sino también por toda esa actividad que lo acompaña. ¿Cuál es, si no, se pregunta Wittgenstein, el método empleado para interpretar un lenguaje desconocido, más que la observación paciente del comportamiento humano? Así se em-

5. Dedico el capítulo III a estudiar este concepto tan importante como escasamente desarrollado en la obra de Wittgenstein.

6. La imagen del «juego» aplicada al lenguaje no es original de Wittgenstein: Saussure, por ejemplo, la usó también al comparar el ajedrez (juego asimismo muy utilizado, en el sentido metafórico, por Wittgenstein) con el sistema de la lengua. Pero para Saussure la idea de «juego» significa sólo que existen unas normas que determinan los valores relativos y los movimientos de las piezas (del ajedrez o del lenguaje). Wittgenstein, en cambio, insiste en la idea de «jugar»: realizar una actividad que está ciertamente determinada por normas, pero es a su vez creadora de normas nuevas. El lenguaje es, así, un juego dentro del que caben infinidad de juegos distintos.

pieza por distinguir un ruego de una pregunta o de una exclamación de dolor, y se acaba descifrando todos los actos de que es capaz un lenguaje. «La conducta común de la humanidad es el sistema de referencia por el que interpretamos un lenguaje desconocido» (*PhU*, 206).<sup>7</sup> Esa conducta común, el hecho de que se dé una cierta consecuencia entre el decir y el hacer posibilita la comunicación. «Si los leones hablaran, no los entenderíamos» (*PhU*, 223), porque no comparten esa conducta común, ese sistema de referencia que hace posible la comprensión de cualquier lenguaje humano. El uso del lenguaje es una actividad específica del hombre e implica una forma peculiar de comportamiento. Wittgenstein corta por lo sano las discusiones sobre la diferencia o analogía entre el lenguaje de los hombres y el de los animales. Cualquier explicación es vana, porque estamos ante algo obvio: «Se dice a veces que los animales no hablan porque carecen de capacidad mental. Y ello significa: “no hablan porque no piensan”. Pero todo es más sencillo: simplemente, no hablan. O, para decirlo mejor, no usan el lenguaje, excepto en sus formas más primitivas. Ordenar, preguntar, relatar, charlar son tan inherentes a nuestra historia natural como andar, comer, beber o jugar» (*PhU*, 25).<sup>8</sup>

7. Josep Ll. BLASCO, *Lenguaje, filosofía y conocimiento*, Barcelona, Ariel, 1973, p. 125, se refiere acertadamente a esa «conducta común» como a «elemento prelingüístico» y «a priori del lenguaje», una especie de trascendental que hace posible la producción lingüística.

8. Idea que Wittgenstein toma de MAUTHNER, *Beiträge zu einer Kritik der Sprache*, Stuttgart, 1901, I, p. 15: «Debemos contar el lenguaje entre el número de las demás actividades del hombre, tales como el andar o el respirar.» Los actos lingüísticos constituyen la forma de comunicarse peculiar del hombre: el animal no es capaz de ello. Recuérdese que también Herder defendía la idea, en términos muy similares: «el hombre es un ser formado para el lenguaje», y si se pudiera hacer visible de una vez la trama de lo que se denomina naturaleza humana, ésta sería por completo una trama para el lenguaje» (J. G. HERDER, *Abhandlung über den Ursprung der Sprache*, en E. HEINTEL, ed., *Herder's Sprachphilosophie*, Hamburgo, Meiner Verlag, 1960, p. 43). De esa conexión intrínseca entre la naturaleza humana y



### 3. LA PRAGMÁTICA DEL SIGNIFICADO: EL SIGNIFICADO COMO USO

El análisis del lenguaje desde la noción básica de «acto lingüístico» lleva necesariamente a la destrucción de la concepción estática del significado predominante en la semántica tradicional. Sin ánimo de teorizar ni de ofrecer una visión completa y coherente del lenguaje, Wittgenstein expresa, a su modo intuitivo pero eficaz y sugerente, la idea que ha de regir esa nueva concepción del significado: «Para una *amplia* clase de casos —si no para todos— en los que empleamos la palabra “significado”, podemos definirla así: el significado de una palabra es su uso en el lenguaje» (*PhU*, 43). El conocido lema *don't ask for the meaning, ask for the use* representa cierta subordinación de la semántica a la pragmática, la negación de que el significado sea sólo una idea contenida en la forma lingüística, independiente de las circunstancias en que aparece.

De nuevo hay que remitir al *Tractatus* para encontrar los precedentes de pareja concepción funcionalista del significado. La imperfección del lenguaje corriente es vista allí como consecuencia de que un mismo signo pueda tener diversos usos (diversos significados, corresponder a «símbolos» distintos).<sup>9</sup> La sintaxis lógica se ocupa en

---

el uso del lenguaje se deduce la «diferencia cualitativa» (como la llama Jakobson) entre el lenguaje humano y el lenguaje animal. El capítulo III dejará más claro este punto.

9. «En el lenguaje corriente ocurre muy a menudo que la misma palabra designe de modo y manera diferentes porque pertenezca a diferentes símbolos —o que dos palabras que designan de modo y manera diferentes se usen aparentemente del mismo modo en la proposición. Así, la palabra “es” se presenta como cópula, como signo de igualdad y como expresión de la existencia; “existir”, como un verbo intransitivo, lo mismo que “ir”; “idéntico”, como adjetivo; hablamos de *algo*, pero también de que algo sucede.» (En la proposición «Verde es verde» —donde la primera palabra es un nombre propio y la última un adjetivo—, estas palabras no sólo tienen diferente significado, sino son también *diferentes símbolos*); «Para reconocer el símbolo en el signo hay que observar cómo se usa con sentido»; «en filosofía la

corregir tal imperfección, pues en sus reglas no entran los significados entendidos ya como la referencia concreta de los signos (referencia que siempre es arbitraria). La sintaxis lógica expresa («muestra») las leyes necesarias e inevitables de cada signo en su relación «lógica» con los demás signos del lenguaje. El signo, para el lógico, es una función proposicional que, fuera del acto concreto del hablar, no significa nada, no denota. Dicho de otra forma, los signos no son primariamente «nombres», sino que el nombrar es una función que ciertos signos suelen desempeñar en el contexto proposicional.<sup>10</sup> El problema del signo o de la palabra como «nombre» se le plantea sólo al lingüista (o al filósofo) «que considera las palabras como elementos de muchos enunciados reales y posibles, y las considera tanto en el *hablar* concreto como en la *lengua*».<sup>11</sup> Adán, en el paraíso, inmediatamente después de ser creado, cumple el encargo de Yahvé de poner nombres a los animales, y parece como si de este modo empezara a servirse del lenguaje (*Génesis*, II, 19-20). Pero, sin lugar a dudas, el «nombrar» supone ya un dominio de la lengua y sus funciones. «Sólo el que sabe qué hacer con él [con el nombre], puede preguntar con sentido por el nombre de algo» (*Phu*, 31). Cuando el niño pregunta «¿qué es esto?», ante algo que desconoce, no se contenta con la respuesta simple («es un magnetofón», por ejemplo), sino que necesita averiguar para qué sirve, porque de lo contrario la palabra no le «dice» nada, no sabe usarla. En el lenguaje infantil las definiciones son siempre funcionales: «esto es para...» o «esto es

---

pregunta "¿con qué fin usamos propiamente tal palabra, tal proposición?" lleva siempre a resultados valiosos» (*T*, 3323, 3326, 6211). La obsesión de traducir el lenguaje natural a un lenguaje lógico-formal, obsesión que pervade el *Tractatus*, representa el intento de solucionar esas ambigüedades, que pueden clarificarse atendiendo a la pragmática del lenguaje. Wittgenstein, en su primera etapa, ve el problema, pero no da con la solución correcta.

10. «Los signos simples empleados en las proposiciones se llaman nombres» (*T*, 3202).

11. E. COSERIC, «El plural de los nombres propios», *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid, Gredos, 1962, p. 262.

cuando...». El niño sólo sabe explicar el significado de una palabra situándola en un contexto, en una situación concreta, sirviéndose de ejemplos.

La única relación entre el nombre y la cosa es —afirma Wittgenstein— la que da «el uso total del nombre», el cual tiene tantos tipos de relaciones con la realidad, como usos pueden distinguirse (*BB*, p. 173). Así, la frase «Moisés no existió» puede adquirir distintos sentidos, según se adscriba a Moisés una u otra descripción («el hombre que sacó a los israelitas del desierto», «el hombre recogido del Nilo por la hija del faraón», etc.), o bien la palabra «cubo» puede evocar una diversidad de imágenes cuyas aplicaciones dan al término un significado distinto en cada caso; y es la aplicación lo que determina el significado, no la imagen mental (*PhU*, 79, 87, 140). Averiguar el significado haciendo caso omiso del contexto es una empresa arriesgada, pues cada palabra posee una «familia de significados» irreducible a uno de ellos. Los varios ejemplos en que aparece un mismo término pueden darnos una idea de lo que esa palabra significa pero no nos permiten asignarle un solo significado, porque no lo tiene. ¿Cómo se aprende el significado de una palabra?, se pregunta Wittgenstein; y responde: a partir de una serie de ejemplos, por medio de unos cuantos «juegos lingüísticos», y esos ejemplos y «juegos» son la única explicación del significado (*PhU*, 77).

#### 4. EL FANTASMA «PROPOSICIONAL»

La teoría denominacionista hace crisis en manos del atomismo lógico, que trata de aplicarla no a los signos simples, sino a esas raras entidades, difícilmente detectables en la práctica, que son las *proposiciones elementales*. El «nombre» se entiende, de acuerdo con el *Tractatus*, como una «función proposicional»: «sólo tiene sentido la proposición; sólo en el contexto de la proposición el nombre tiene significado» (*T*, 33). La concepción fun-